

# El reencuentro

TEXTO: ENRIQUE BERRUGA FILLOY

**A**l tipo se le notaba expectante. En la sala de llegadas internacionales, en medio del bullicio y del gentío, llevaba un ramo de flores, mientras con la otra mano manejaba diestro su iPod. Buscaba la música justa para el esperado reencuentro con su amada. La extrañaba tanto, había sido tan larga la separación. Navegaba por su repertorio musical para matar la ansiedad y, sobre todo, para encontrar la rola perfecta para el recibimiento. Después de dos años de pasársela solita en Europa –y sin haber roto el noviazgo nacional– igual debía recibirla con una de las clásicas del *Romance* de Luis Miguel. Lo pensó mejor y calculó que podría tildarlo de cursi, desfasado, fuera del gran circuito globalizado al que ella ahora pertenecía. Sí, mejor algo también mexicano, pero de corte más moderno y alivianado: una de Café Tacvba o alguna gracejada de Molotov para levantarle los ánimos, en caso de que viniera preocupada por todo lo que injustamente se dice de México en el exterior. Quién sabe qué periódicos leyera allá por las europas, donde sin recato alguno se la pasan diciendo que en México hay inseguridad, mucho tráfico en el DF, o que desde pasar la aduana ya te andan queriendo sacar dinero. Sí, igual viene medio apanicada por tantas imágenes torcidas y sesgadas.

Para la ocasión compró unos auriculares dobles, para poder compartir su música con ella. Así estarían conectados a la misma música, en una gran sintonía amorosa. La clave para un buen reencuentro era la música con que la recibiera. Ese era su punto más débil.

Giraba incesante el disco del iPod en busca de la canción idónea. Pensó que para aligerarle la transición a México, convendría recibirla con una rola europea que le indicara que su pasado reciente no estaba totalmente sepultado. Pensó ponerle alguna rola de U2 o de Mecano: *me cuesta tanto olvidarte*, o algo por el estilo. Con las flores ya un tanto cabizbajas y la mano con el iPod crispada, pensó dejarlo al azar; oprimió el botón de *shuffle* y permitir que el aparato tocara lo que le viniera en gana. Cambió de opinión en el acto. Después de mucho navegar por su discoteca decidió recibirla con “Light my fire” de los Doors. Total era un clásico, casi un himno moderno. Además, para esas alturas, ella seguramente ya dominaba el inglés y podría entender la letra –y hasta traducirme lo que dice!– se dijo con una sonrisa.

Por fin llegó el momento tan largamente anhelado. Apareció entre cientos de turistas lampareados por el vuelo trasatlántico. A primera vista no le pareció tan atractiva como la recordaba. Estaba más flaca y algo demacrada. Nada que no pudiera remediar una buena dosis de comida casera mexicana. Debía venir harta de comer esos sándwiches infames de Europa, a los que ni lechuga les ponen.

Salió presuroso a su encuentro. Se dieron un beso apresurado, entre el río de gente que salía por las puertas corredizas de cristal. Sin mediar palabra, ella le indicó con la vista que le ayudara a cargar la maleta. Mientras se agachaba, levantó el brazo para entregarle las flores que ella tomó con alguna indiferencia. Al llegar a la banqueta ella respiró el aire tibio de la mañana, estirándose después de tantas horas encogida en el asiento del avión. Se abrazaron momentáneamente y al soltarse, finalmente picó el botón de su iPod con *Light my fire* a todo volumen. Trató de encajarle, amoroso, sus auriculares dobles. La operación se le dificultaba. Primero pensó que los nervios y la excitación le impedían encontrar el hueco de sus oídos. Ella hizo una mueca de molestia, se abrió la gabardina y le mostró, sin decir una palabra, que también venía enchufada a su propio aparato, colgado de la cintura. Quiso escuchar la música que ella había elegido para la gran ocasión. Ella le pasó un audífono y para su sorpresa, estaba escuchando el *Romance* de Luis Miguel. A él le pareció un poco cursi. Después de dos años en Europa, solita, debía mostrar –en fin– un poco más de mundo.

Al subir al taxi le dijo al oído: –Qué maravilla que después de tanto tiempo hayamos mantenido tan buena comunicación. Ese mismo disco lo había seleccionado para recibirte– y luego le entregó su mejor sonrisa, con aliento de menta.

Ella se le quedó mirando y sin quitarse los audífonos, levantó la voz para preguntarle: –¿Qué dijiste?

Tenían tantas cosas que decirse, luego de tan prolongada separación...

ENRIQUE BERRUGA FILLOY

Ciudad de México, 1959. Escritor y periodista. Ex embajador de México en la ONU. Su libro más reciente es *Propiedad ajena*.